

Erased una vez un Príncipe

Por GEORGE O'BRIEN
y VIRGINIA VALLE



58

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

60

ERASE UNA VEZ UN PRINCIPE

BIBLIOTECA PERLA

PAID TO LOVE 1923

Erase una vez un Príncipe

SUPERPRODUCCION GIGANTE

Cuyos protagonistas son

GEORGE O'BRIEN y VIRGINIA VALLE

ADAPTACIÓN LITERARIA DE

JOAQUIN ARQUES

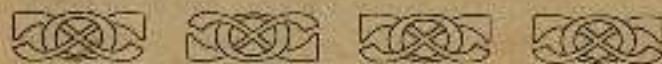


EXCLUSIVA

HISPANO-FOXPILM, S. A. E.

CALLE VALENCIA, 280 - BARCELONA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN : PARÍS, 204. - BARCELONA



Érase una vez un Príncipe

CAPÍTULO PRIMERO

Vamos a llevar a nuestros lectores al pequeño reino imaginario de Savonia gobernado por el anciano rey Leopoldo III.

En este especialísimo país, todo seguiría como en tiempos pasados, si las pécaras circunstancias económicas, no hubieran venido a dar al traste con los de espíritus de sus gobernantes.

Las arcas del Tesoro estaban, sino vacías, al menos con una falta considerable de ingresos que les impedían nivelar los gastos y como es natural aumentaban las preocupaciones de los administradores.

¿Resultado? Que como donde no hay se tiene que pedir, decidieron proponer un préstamo de un puñado de millones, a una importante asociación financiera de los Estados Unidos.

Aprobada la petición del préstamo se quedaron esperando la solución del conflicto, hasta que se recibió una carta anunciando que salía para Savona, el prestigioso financiero y director de la sociedad, Peter L. Roberts.

Pero como las necesidades aumentaban y el enviado americano se retrasaba con el *monó*, de aquí que los cortesanos allegados a Leopoldo III mostraran claramente su impaciencia, abandonando los deberes que les estaban encomendados.

Especialmente la milicia, que era la base del país, andaba descontenta y únicamente se contenía ante la esperanza de los fondos norteamericanos.

* * *

El rey más intrigado que los demás por la tardanza del opulento financiero, no abandonaba su cámara de trabajo, y cada bocinazo de automóvil que sonaba en la plaza de Palacio le obligaba a removerse nervioso en el regio sillón.

—¿Y bien?—le preguntó el monarca a uno de sus ministros, viéndolo entrar en la cámara,



— Cuando terminen la quisiera pedir un favor,

—Nada, señor—contestó el aludido, aún no se sabe noticia alguna.

—Señor—habló el jefe de la guardia aproximándose a la mesa—. Creo que se puede esperar en el buen resultado del negocio; y no estaría de más que lo comunicara en los pabellones de la oficialidad.

—Haced lo que creáis más práctico. Yo espero y

no desconfío, debido a las buenas amistades que siempre he tenido con la Sociedad financiera.

* * *

A todo esto el personaje que con tanta ansia era esperado en Savona, se encontraba a bastante distancia de la capital, en plena carretera y con el automóvil parado por causa de un desperfecto, que el chófer no acertaba a dar con él.

—¿Pero nos vamos a pasar aquí la vida—decía violentamente el financiero Peter, golpeando el auto con su bastón.

—Ya ve usted, señor, que yo no tengo la culpa. En el motor debe haber algo y es algo...

—Ese algo, me va costar a mí perder la calma y la salud.

—Quizá pueda dar con el motivo del desperfecto.

Aquí el financiero oyó el ruido de un auto que se acercaba a todo correr y se plantó en medio del camino, haciendo evoluciones con los brazos para que se detuvieran los que llegaban.

Claro, el chófer vio al caballero, oyó también sus gritos y detuvo el coche.

Peter dió la vuelta y tuvo que esperar un rato, hasta que un joven militar se desprendió de los brazos de una dama que le acompañaba.

—Perdón—se apresuró a decir el financiero—y le ruego que me lleve en su auto hasta la capital... Creo que yendo delante con el chófer, no le causaré la menor molestia.

Molestia ninguna, caballero—contestó el oficial.

Pero dándole una orden al criado, partió el coche dejando a Peter en la carretera, más indignado de lo que antes se encontraba.

Aquello había sido una burla intolerable, una falta de atención y otra falta de respeto. Todas estas faltas convertidas en una sola para sacarle de fino, le obligaron a acercarse al auto que aún estaba siendo registrado por el chófer, y lo habría destrozado a patadas, de no haber llegado oportunamente una especie de camión destartado que era conducido por un joven que vestía el traje de mecánico.

—¿Qué les pasa? — preguntó sin bajar de su asiento.

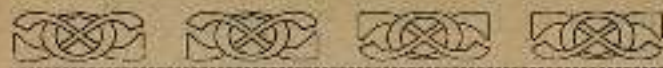
—No sé más que mi coche no anda. Usted me parece un mecánico. ¿Quiere mirar a ver si encuentra la costilla que se le ha roto?

El chófer saltó del camión, y sonriendo al ver la cara de idiota del otro compañero, no hizo más que meter las manos en la máquina, y ésta comenzó a dar alegres señales de vida, que se le transmitieron a Peter haciéndole bailar en medio de la carretera.

Ya estaba solucionado el conflicto; y el financiero dándole al mecánico un dólar para que se comprara un título, subió a su coche y desapareció dejando al

joven con la moneda en sus manos como sorprendido por la acción del desconocido.

Por fin, lanzó una carcajada, se encogió de hombros, y empujando de nuevo el volante, siguió su interrumpida marcha.



CAPÍTULO SEGUNDO

Peter, el hombre tan descado en Savona, llegó al palacio de Leopoldo III, donde entregó su tarjeta a un cortesano.

—¡Pronto, hacéle llegar hasta mí! —ordenó el rey cuando hubo leído la tarjeta.

Y la orden fué dada; pero Peter no asomaba por la cámara real.

¡Qué había de asomar!

Con la precipitación, se le había desabrochado uno de los ojales de su flamante pechera, y pugnaba por arreglar el desperfecto con tan mala fortuna como su chófer para arreglar el auto.

—Vamos, señor —le dijo el mismo cortesano a

quien antes le entregara la tarjeta : S. M. le espera.

—Me espera... me espera... sí, vamos, vamos.

Y tapándose como pudo con la levita, pero en un estado de nervios espantoso, dió algunos pasos en la cámara, hasta que el mismo rey llegó hasta él.

—Majestad—habló Peter queriendo ocultar el mal estado de su indumentaria—me encuentro tan emocionado, que...

—Sí... de la emoción se le sale a usted la camisa, ¡alma de Dios!

—Lo sé, majestad, lo sé.

—¿Y por qué no se arregla?

—Eso quisiera yo... pero no puedo.

El rey se acercó con el relción llegado hasta el ancho ventanal que daba al jardín, y allí, como si conferenciara con el enviado de la Sociedad financiera, dió lugar a éste a que con más tranquilidad dejara su camisa en el sitio que le correspondía.

—Bien Majestad—manifestó Peter, adquiriendo la gallardía que tanto necesitaba para no hacer un papel ridículo en palacio—. Sois el colmo de la bondad y de la modestia, por lo cual le felicito y me felicito al propio tiempo.

En este momento hizo su entrada en el salón el flamante oficial que dejara a Peter en la carretera con dos palmos de aaríces.

El financiero y el joven se reconocieron en el acto, sin que ni uno ni otro se dieran por entendidos.

—Mr. Roberts—dijo el rey—. Le presento a mi sobrino, el Príncipe Eric,

—¿Con que el Príncipe? Sí... su cara no me parece desconocida.

—Yo también creo reconocer la cara de este caballero—habló Eric—. Es una clase de cara que se recuerda.

—¡Gracias, alteza! Ignoraba que tuviera *esa clase de caras*.

—Además—siguió el rey—, Mr. Roberts representa al consorcio de Banqueros Americanos con el que estoy en negociaciones para obtener un préstamo.

El Príncipe ~~no~~ se pudo contener y llevándose aparte al financiero, le rogó que le dispensara lo ocurrido en la carretera, alegando en su defensa que obró de aquel modo por ir acompañado de una dama que le convenía ocultar su nombre.

Un oficial de la guardia anunció entonces pomposamente:

—¡Su Alteza el Príncipe Heredero!

Nueva sorpresa de Peter al reconocer en el Príncipe Miguel al chófer desarrapado a quien le dió un dólar por haberle arreglado su auto.

—Mr. Roberts—dijo el rey—. Le presento a mi hijo.

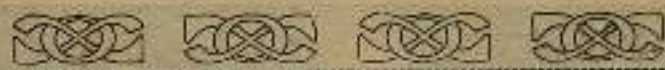
—Sí... su cara tampoco me es desconocida.

—¡Demonios! ¡Conoce a casi toda la familia!

—Este caballero me conoce sin conocerme; y yo

a él lo mismo — habló Miguel sin abandonar su característica sonrisa.

—Y creo que hemos de ser muy buenos amigos—. Añadía Peter mientras estrechaba efusivamente la mano que el príncipe le tendía.



CAPÍTULO TERCERO

Los cortesanos fueron desfilando, dejando solos al rey con el opulento financiero.

—¿Qué le ha parecido mi hijo?—le preguntó Leopoldo III.

—Un buen mozo; pero dicho con más propiedad: Un real mozo.

El rey sonrió agradecido.

Peter continuó en plan de confidencias.

—¿Está casado?

—¡Quíá!

—Comprendido. Eso quiere decir que le gustan todas...

—No, señor; no quiere decir eso.

—¿Tendrá... vamos, tendrá sus arreglitos?



Las ocupaciones del Príncipe Eric.

—Menos aún.

—¿Ni siquiera una novia?

—Ni eso.

—¿Pues en qué piensa esa criatura?

—En automóviles.

—¿Qué atrocidad! ¿Pero a su edad?...

—Yo creo que miraría a una mujer, si le dijeran que tenía ocho cilindros y carburador.

—Pues esto es inverosímil y perjudica a la vez el negocio que me trae a este país.

—¿Cómo?

—La prosperidad de cualquier nación, depende de la popularidad de la familia reinante.

—¿Y bien?

—Que un Príncipe que desdén el matrimonio puede llegar a hacerse impopular, y esto es un peligro para un préstamo.

—No acabo de comprender.

—Es muy claro, Majestad. Un país en que el monarca no tenga visos de sucesión no puede inspirar garantía alguna.

—Puede ser muy bien lo que usted dice y le juro que más de una vez he pensado en ello.

—Naturalmente. Lo que necesita el Príncipe Miguel, es un despertador femenino que le obligue a salir de sus casillas.

—Por mí mismo le he buscado muy buenas proporciones, pero todo ha sido inútil.

—¿Y qué causas le ha opuesto para negarse?

—Las más convincentes, que no le llamaban la atención.

—Y es muy fácil que el Príncipe tenga razón sobrada.

—¿Véis?

—Pero lo que no se encuentra en un sitio, se busca en otro. ¡Estáramos frescos, si nos cruzáramos de brazos al primer obstáculo.

—¿Y qué haríais en mi caso?

—¡Bah! He visto mujeres en París capaces de conmover a una estatua de mármol.

—¿Y creéis que debemos mandar a París al Príncipe?

—Dios me libre. Allí hay demasiadas mujeres y eso tampoco entra en mis planes, pues tanto es pasarse como no llegar.

—Veamos su idea.

—Muy sencilla. Buscar la mujer en cuestión y facturarla convenientemente para aquí.

—Una idea.

—¿Otra? Mejor que mejor.

—¿Podríamos ir usted y yo a París?

—Naturalmente. Dos viejos verdes, valen más que uno sólo.

—Pues no lo pensemos más y andando.

—Es preciso que todos ignoren el objeto de nuestro viaje.

—Nada se sabrá.

—Vamos a un asunto diplomático relacionado con el bien futuro de este país.

—Y no les engañamos.

—Y aunque mintiéramos, ya sabéis que el fin justifica los medios.

Leopoldo III y Peter abandonaron el país de Savona y muy contentos con la perspectiva de lo que se iban a divertír, se trasladaron a la capital de Francia, decididos a cumplir como buenos el simpático plan de elegir a la mujer excepcional que necesitaban, mejor dicho, que necesitaba el Príncipe Miguel.

Primeramente se dedicaron a recorrer los cabarets de moda y más renombrados.

Más en estos centros de locura y derroche no hallaban el ideal que especialmente Roberts se había forjado.

—Aquella *estrella* que cenó con nosotros, no me acaba de disgustar—le decía el rey.

—A mí sí. Esa tiene aquí su negocio y no lo suelta ni aunque se le ofrezca una fortuna.

—¿Y si buscáramos por los bulevares? Quizá una de esas modistillas pizpiretas...

—No sirven, amigo rey... no sirven. El Príncipe necesita otra cosa.

Ya llevaban varios días en la Ciudad Luz y los dos viejos se disponían a disparar los últimos cartuchos dirigiéndose al popularísimo Montmartre.

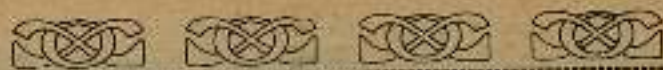
Allí, no una, sino varias mujeres, estuvieron a punto de acabar con la serenidad de todo un rey de Sa-

vona; y sino ocurrió el desastre fué por la oportuna intervención de Peter, el cual seguía demostrando ser un hombre conocedor del mundo... y de sus vicios.

—Pero usted es muy difícil de contentar—le decía el monarca después de haberse insinuado con los *meteors* femeninos que pasaban por su lado.

—Recapacite, Majestad—le argüía el financiero.
—Un hombre de sus años, no debe ser tan fácil de contentar; por eso le huyen de ese modo.

[9]



CAPÍTULO CUARTO

Habían entrado en una calleja de mala muerte, como dos estudiantes que buscan aventuras, y allí les sorprendió un enorme automóvil lleno de turistas, a las cuales guiaba el pintoresco *Cicerone*.

El auto se detuvo junto a los extranjeros y el conductor del coche anunció con su colosal bocina:

—Vamos a penetrar en la guarida de apaches más peligrosa de París.

Los viajeros descendieron del auto y el rey con su compañero aprovecharon la ocasión para colarse en la taberna.

El aspecto del local era muy poco tranquilizador, dadas las fachas de los parroquianos que ocupaban distintas mesas.

Unos jugaban golpeando los tableros de los mostradores y vertiendo la cerveza por todas partes.

El rey se sentó junto a Peter y después de haber estado un buen rato pasando revista al personal, le dijo por lo bajo al compañero:

—Aquí no vamos a encontrar nada.

—¿Por qué, Majestad?

—¿Pero no ve qué caras las de esas mujeres? ¡Si le dan un susto al miedo!

—Calma, y vamos a ver lo qué es esto.

En el mostrador había empezado el movimiento para servir las mesas que ocupaban los turistas que acababan de entrar.

Uno de estos viajeros encarándose con el *Cicerone* que se apoyaba en un tonel, le dijo displicente:

—Esto no es lo que usted nos aseguraba.

—¿Por qué, señor mío?

—En mi tierra, la pacífica Nebraska hay lugares mucho más temibles que éste.

El *Cicerone* se encogió de hombros, haciendo después una seña de inteligencia al encargado del mostrador.

Este a su vez hizo mover un monigote estrambótico, que pendía de un palo, y que no debía servir más que para dar un aviso.

En la habitación de enfrente y tras una cortina llena de agujeros, se encontraba Mussette, la apache que servía como estrella en el establecimiento.

Enseguida se dió cuenta de que la sala estaba



— *Se presenta al Príncipe Heredero.*

llena de gente y acercándose a un individuo medio dormido en un rincón, le sacudió dos o tres veces, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Vamos, Pierre, ya nos llaman. Hay que trabajar para comer.

Dicho esto se puso ambas manos junto a la boca en forma de bocina y empezó a gritar destempladamente:

—¡Socorro... socorro!

La concurrencia, o mejor dicho, los que habían penetrado allí guiados por el *Cicerone*, se pusieron en pie, temiendo una escena desagradable; pero Mussette, no les dio tiempo para más y saliendo del cuchitril donde se encontraba, dió algunos pasos como si vacilara, después se rehizo, y empuñando un cuchillo que llevaba sugeto en la liga, volvió a entrar en la habitación.

Después, ruido de muebles al rodar por el suelo, y además los movimientos de la cortina, indicaban la lucha que se sostenía detrás.

Un grito de un hombre, fué el final del escándalo; y seguidamente apareció de nuevo Mussette con el cuchillo ensangrentado.

El pobre Leopoldo III, estaba que no le llegaba la camisa al cuerpo, lo mismo que Peter; pero no era cosa de levantarse y apretar a correr, y haciendo de tripas corazón, esperaron como unos héroes a que terminara el drama horripilante.

El llamado Pierre se presentó tambaleando y con voz débil murmuró apoyándose en la mesa que ocupaban Peter y el rey:

—¡Esta vez me has matado... mujer infame!

Dicho esto cayó al suelo al mismo tiempo que otro apache gritaba desde lo alto de la escalera:

—¡Los gendarmes!

—¡Entamos perdidos!—gritó el encargado del mostrador.

Pero la original apache que acababa de asesinar

al compañero, levantó el cuerpo de éste, hizo que el pianista siguiera aporreando el piano, y sin soltarlo, bailó un tango macabro para despistar a la autoridad.

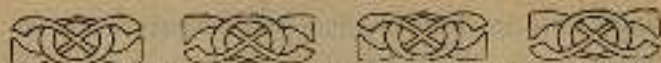
La pareja vió que bailaban, observó que el personal guardaba un respetuoso silencio, y después de dar una vuelta muy despacio volvieron a subir la escalera desapareciendo de la taberna.

Ya no esperó más Mussette, abrió los brazos y dejó caer el cadáver como una masa inerte.

Tampoco quisieron esperar más los turistas, los cuales salieron del establecimiento, mientras les decía el *Cicerone*, lleno de satisfacción:

—Ahora ya tienen ustedes algo gordo que contar.





A

CAPÍTULO QUINTO

Ni el rey ni Peter se habían movido de sus asientos.

Estaban impresionados hondamente con lo que acababa de ocurrir, y únicamente hicieron ademán de marcharse, al ver como entre varios hombres arrastraban el cadáver del apache por mandato de Mussette, sin duda para enterrarlo donde la policía no pudiera dar con él.

—¿Vámonos? —interrogó el monarca.

—Un momento —siguió Peter.

Se había fijado en las gruesas gotas de sangre que del cuchillo habían caído sobre la mesa y muy cerca del flamante sombrero del opulento prestamista.

Poco a poco se fué decidiendo, hasta que tocó la

sangre con un dedo, llevandoselo después a los labios.

—¿Pero qué hace usted?—le preguntó el monarca.

—¡Señor!—dijo Peter cambiando en un instante la expresión de su rostro—. Esto es salsa de tomate.

—¿De veras? ¿Entonces lo que ha pasado?...

—Ha sido sencillamente para tomarnos el pelo y para que esa chica nos demuestre sus especiales condiciones para el arte de fingir.

—Y que puede vanagloriarse de que lo hace a las mil maravillas.

—Pues ya ve V. M. que no hemos entrado aquí para salir con las manos en los bolsillos.

—¿Cómo?

—Esa es la muchacha que nos conviene para Miguel.

Dicho esto y más tranquilos penetraron en la siniestra habitación donde se había desarrollado el crimen y viendo a Mussette sola, sentada en una mesa y como si descansara de su trabajo, se colocaron a su lado.

—¡Muy bien, señorita!—le dijo Peter.

—¡Admirable!—añadió el rey.

Mussette los miró sorprendida y no contestó.

—Su trabajo es muy convincente—añadió Peter.

—Puede estar segurísima de que nos ha dado el camelo a todos.

—¿El camelo?

—Sí, señorita. Yo no me equivoco en estas cosas. Además, *he probado la salsa de tomate*.

—¿Es usted cocinero?—preguntó Mussette sintiéndose satisfecha de que hubieran podido apreciar su trabajo.

—Soy un entusiasta de usted y de su arte.

Mussette, se fue poco a poco familiarizándose con aquellos especiales parroquianos, y ellos pudieron apreciar en todo su valor los grados de talento y la belleza de aquella mujer.

—¿Le gustaría a usted ganarse cincuenta mil francos??—le preguntó Peter a boca de jarro.

—¡Demonio! Mucho dinero es ese, para una mujer sola.

—Sigo ofreciéndoselos.

—¿Y no será esto una bromita, para vengarse del susto que les hemos dado?

—Puede usted tener confianza. Este caballero que se sienta a su lado, es Leopoldo III, rey de Savona.

No se inmutó la joven al saber que se codeaba con un monarca y lo demostró preguntando, más bien por curiosidad que por otra causa:

—¿Conque este viejo alegre es el rey de Savona?

—Sí, señorita. El rey; pero yendo de incógnito como en esta ocasión, *es el rey como un hombre cualquiera*.

—Muy bien, Majestad. Y para qué me quiere tanta alta personalidad.



Miguel consiguió reanimar a Mussette.

Peter volvió a tomar la palabra para aclarar conceptos:

—Este caballero, mejor dicho, este rey tiene un hijo.

—Justo; y este hijo será un Príncipe—añadió Mussette sin dejar de reír.

—Ha dado usted en el clavo. Pero lo que no sabe seguramente, es que este Príncipe, apesar de ser joven y gentil, no quiere nada con las mujeres.

—Ahora comprendo. Será un Príncipe tonto.

—Al contrario—habló el rey—mi hijo es despierto y goza de una ilustración envidiable.

—Entonces no lo entiendo.

—En una palabra, señorita—siguió el financiero—deseamos que usted despierte su alma dormida.

—Ahora me entero. Usted pretende de mí que haga el amor al hijo de este caballero. ¿Verdad?

—Justo. Le tiene que hacer el amor al Príncipe Heredero.

—Difícilílo es el asunto... pero haré lo que pueda.

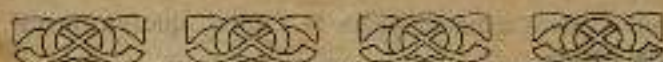
—Tendrá usted el dinero y la indumentaria que necesite para que no fracase en su presentación.

—¿Y si no lograse despertarle?—interrogó Mussette con marcada intención.

—Tengo la seguridad de que vencerá en toda la línea; mas si no fuera así, el rey le entregará los cincuenta mil francos. ¿Acepta?

—Es un negocio que ya me empieza a seducir por lo nuevo. Acepto.

Y el plan se acordó allí mismo, quedando Mussette en presentarse en el hotel de sus nuevos amigos para que acabaran de darle instrucciones.



CAPÍTULO SEXTO

Dos días después de haber ocurrido las escenas que acabamos de relatar, se detenía un lujoso automóvil en la frontera de Savona.

Un empleado abrió la portezuela del coche, siendo recibido por Mussette elegantemente vestida y a quien acompañaba otra dama de más edad.

—Madame—dijo cortésmente el empleado—. ¿Tendrá la bondad de entregarme el pasaporte?

El documento iba extendido de mano de Peter y firmado por Leopoldo III, circunstancia que dió a entender al oficial que se trataba de una alta personalidad.

Después presentó sus respetos a las damas, y el

auto volvió a partir hacia la capital, que ya no estaba lejos.

Pero ocurrió que las nubes quisieron dar un disgusto a la bella viajera y comenzaron a soltar agua con tal abundancia, que obligó al chófer a detener el auto.

—¿Nos vamos a quedar aquí?—preguntó Mussette con impaciencia.

—Señora, no quiero exponerlas a una catástrofe. Hemos de atravesar un barranco y temo que nos arrastre la impetuosa corriente.

—¿Y no puede buscar otro camino?

—Tengo órdenes terminantes de no abandonar el coche, hasta dejarlas en Savona.

Entonces se fijó la viajera en las luces de un edificio que no estaba lejos de allí; y creyendo que el chófer se negaba a continuar la marcha porque se había perdido, salió del auto sin temer a la fuerza de la lluvia.

—Pero Mussette—le dijo la dama que la acompañaba—, Esto es una locura.

—No lo creas. Esto no es más que ganar tiempo. Quizá en aquella casa encuentre alguien que nos guíe.

Una locura era en efecto; y la joven en su afán por llegar pronto al punto de destino no midió las consecuencias.

Los relámpagos se sucedían pareciendo que el cielo estaba iluminado por una inmensa hoguera. A la vez el horroroso estampido de los truenos hacía temblar el suelo, dificultando así la marcha de Mussette, la cual comprendió tarde que se había metido en un mal negocio.

Unido a todo esto al ímpetu espantoso de la borrasca, no es de extrañar que la viajera acabara por perder la serenidad, y que cayendo aquí y levantándose allá, se encontrara sin fuerzas al llegar a la puerta del edificio cuyas luces la guiaran.

Una vez allí empujó la puerta, cayendo desvanecida en el interior.

No parecía más, sino que el destino la llevaba donde ella misma no podía figurarse.

Había ido a parar a los pabellones destinados para el Príncipe Miguel situados en las afueras de la población.

Allí estaba el dueño de la casa dedicado como

siempre al arreglo de complicadas piezas para automóviles.

De pronto oyó el ruido que produjo el cuerpo de Mussette al caer y acudió presuroso trasladándola con especial cuidado a sus habitaciones particulares.

* * *

Dos horas más tarde y ya inquieto el Príncipe Miguel por que la misteriosa dama no volvía en sí, le prodigaba toda clase de cuidados sin apartarse del lecho donde la había acostado para hacerla entrar en reacción.

Por fin acertó a aplicar a sus labios una conita de licor consiguiendo que Mussette diera señales de vida, abriendo sus hermosos ojos.

La impresión causada en Miguel por la bella desconocida no pudo ser más grande; tanto que a primera vista parecía un contrasentido que un alma fría como la suya, se hubiera inflamado de pronto y sin motivo alguno que lo justificara.

Mas el cambio operado en el Príncipe tenía una explicación muy lógica como veremos en seguida.

Mussette, después de abrir los ojos, suspiró como es de rigor en estos casos y escudriñando con la vista hasta el último rincón de la alcoba preguntó:

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Muy sencillo, señorita. Empujó la puerta y cayó dentro.

La joven recordó entonces su salida del auto, su carrera bajo el gran chaparrón y hasta cuando falta de fuerzas cayó desplomada... y nada más.

—¿Estoy cerca de Savona?—preguntó.

—Está usted a medio kilómetro de la ciudad.

—Muy bien, caballero—volvió a decir Mussette, mostrándose algo inquieta conforme se iba dando cuenta de su verdadera situación.

—¿Ha entrado alguien en esta habitación desde que yo estoy en ella?

—Nadie más que yo, señorita.

Mussette se puso más encarnada que una guinda, y se arrebujo nerviosa en la cubierta de la cama.

—Voy a levantarme—dijo pasados algunos minutos.

—¿Se encuentra usted ya bien?

—Me encuentro muy preocupada y nada más.

Y era para estarlo. Había llegado vertida de pies a cabeza y se encontraba completamente desnuda. ¿Quién sino aquel joven la había despojado de sus ropas?

Sin embargo, la actitud respetuosa del dueño de la casa la fué tranquilizando y hasta llegó a interesarse por aquel joven tan amable y tan simpático.

Su instinto de mujer le dió a entender que podía



Esa mujer debe ignorar que yo soy el Príncipe Heredero.

fiar en el hombre que la contemplaba embelesado sin atreverse a abandonar la habitación.

—¿Pero me va usted a tener toda la vida en esta cama?—preguntó Mussette riendo confiada.

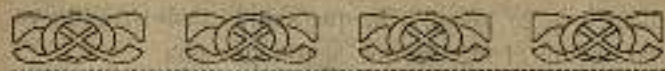
—A mi lado la tendría siempre, si usted no me tomara por carcelero.

—Y yo, se lo confieso ingenuamente, seguiría don-

de tan bien me han tratado si no tuviera que cumplir fuera de aquí un ineludible deber.

El Príncipe se inclinó saliendo después de la habitación para ponerse en manos de su ayuda de cámara.





CAPÍTULO SÉPTIMO

—Aún no ha cesado de llover, Alteza—dijo el camarero disponiéndose a terminar de vestir a su señor.

—¡Calla! ¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero que esa mujer sepa que soy Príncipe.

—Perdone V. A., pero supongo que no dejaré de servirle como siempre.

—Eso sí; mas sin que cometas la menor indiscreción.

—¿Y qué hacemos con la criada de esa dama que llegó hace poco?

—Ya lo dirá su señora.

—Aquí viene... Alteza—dijo el ayuda de cámara precipitadamente al ver a Mussette que se acercaba.

Miguel le reconvino con la mirada y salió al en-

encuentro de la joven, a la que saludó demostrando ya claramente el interés que sentía por ella.

—Estoy muy agradecida a sus atenciones—manifestó Mussette aparentando distracción.

—Sí... ya me lo dijo usted antes.

—Pues ahora se lo vuelvo a repetir, y le ruego que me ayude a continuar el viaje.

—Aún no ha cesado la tormenta; y además la carretera está intransitable.

—¿Qué contrariedad!

—Le participo, que la camarera que acompañaba a usted se encuentra aquí.

—¡Oh, eso ya me tranquiliza!

—Yo sería muy feliz si Mademoiselle y su camarera continuaran aquí hasta que haya pasado el aguacero.

—¡Oh, si... no quiero que me vuelva a ocurrir otro percance!

—Entonces puede usted disponer a su antojo de esta casa.

—¿Su nombre de usted?

—Miguel.

—¿Nada más?

—Soy un oficial de la guardia; pero aunque mi carrera no puede ser más modesta, sin embargo procuraré que nada falte para que su estancia aquí le resulte agradable.

Después siguió el almuerzo y el interés de ambos fué aumentando conforme iban conociéndose.

Mussette pasó uno de los días más felices, llegando a olvidarse de todo, hasta de lo que había pactado en París con Peter y el rey.

Terminó el mal tiempo y tras unas deliciosas horas de sol; llegó la noche con su azul oscuro y un mar de plata, que servía de amplio fondo al delicioso grupo que formaban, un Príncipe y una muchacha.

Los dos se contemplaban embelesados, dejando que sus ojos hablaran con esa elocuencia especial de los enamorados.

—¿Quiere usted que le diga el que siento en este instante?—le dijo Miguel a la joven aprisionando entre las suyas sus diminutas manos.

—Hable y yo le pagaré con la misma moneda.

—Que me tiene usted encantado.

—A mi también me encantan los militares.

—¿Todos?

Mussette bajó los ojos y no contestó; pero por curiosidad o quizá para dar otro giro al diálogo, levantó una mano del Príncipe donde brillaba un anillo bastante original.

—Es muy bonita esta sortija—dijo mirándola con atención.

—Ha pasado a través de las generaciones de mi familia. Y tiene su tradición.

—¿Cuál?

—Que sólo puede ser dada a la mujer amada por su dueño.

De nuevo volvió a ruborizarse Mussette y otra vez intentó variar de conversación.

—¿Acepta usted el anillo?—insistió el Príncipe.

—¿Con su tradición y todo?

—Naturalmente.

—Lo acepto. Al menos será un recuerdo de mi estancia en un sitio tan delicioso.

Y diciendo esto se puso en pie como movida por un impulso repentino.

—Es muy tarde—dijo para ver si podía conseguir que el joven volviera a la realidad.

—¿Ya se ha cansado de estar en mi compañía?

—No, se lo juro. Pero por favor... no impida que marche. Lo tengo todo dispuesto para partir.

—Yo he perdido hasta la noción del tiempo. Había soñado con que usted se quedaría para siempre.

—Cada vez me hace usted más difícil la marcha... pero lo he prometido.

—Entonces haga otra promesa.

—Veamos...

—La de volver aquí a verme.

—Se lo prometo.

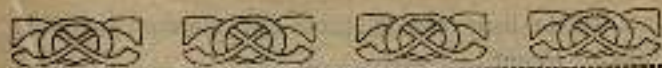
—¿Cuándo será?



— *Espero no olvidaras mi encargo.*

—Dentro de dos semanas estaré de vuelta aquí... con usted.

Y en unas cuantas horas se consiguió lo que tan difícil le parecía al rey de Savona; pero con la particularidad de que Mussette apesar de su carácter y de su genialidad también se había enamorado perdidamente del gentil oficialito de la guardia.



CAPÍTULO OCTAVO

Mussette empezó a desempeñar al día siguiente su difícil papel de aventurera, contratada para trastornar el cerebro de S. A. el Príncipe Miguel.

Y lo empezó, claro; presentándose en Palacio y en las habitaciones que ya de antemano le tenían preparadas.

Allí admiró suntuosos salones amueblados con dinero americano e intriga cortesana.

Un criado vestido con lujosa librea, salió al encuentro de la bella dama, diciéndole después de varios saludos ceremoniosos:

—Madame, el señor Roberts ha dejado dicho que le llame usted al momento de su llegada a palacio.

—¿Que le llame?

—Puede usar ese teléfono que comunica con la *Cámara Regia*.

Mussette hizo sonar el timbre y Peter, que en aquel momento se mostraba impaciente por la tardanza de la joven, se apresuró a contestar al llamamiento.

—Es ella?—le dijo al rey, el cual también se acercó al aparato.

—Aquí me tiene usted a sus órdenes.—habló Mussette.

—Salud y bienvenida.

—Gracias. Recuerdos a S. M.

—Bien, muy bien; pero le participo que nadie debe saber que nosotros estamos entre bastidores. ¿Me entiende?

—Perfectamente.

—Todo lo que podemos hacer es decirle quien es el Príncipe.

—¿Nada más?

—El resto lo dejamos confiado a su talento.

—¿Y cuándo debo dar principio a mi... *trabajo*?

—Lo más pronto posible... y si puede ser hoy, no lo debe dejar para mañana.

—Será hoy.

—Nos encontraremos esta tarde a las tres en punto, cerca del Casino. ¿Quiere usted recibir un beso por teléfono?

—Aunque sean dos, no importa.

Y mientras los besos del financiero hacían aquili-

brios por el alambre telefónico, el rey se frotaba las manos en el colmo de la satisfacción.

—Es usted un hombre admirable—le dijo a Peter cuando éste hubo colgado el aparato.

—Y V. M. un rey que sabe hacerse cargo de las circunstancias.

—¿Y no le parece a usted que esto merece un traguito?

—Repito lo que me acaba de decir Mussette: *Aunque sean dos*.

El Gran Casino de Savona podía compararse muy bien con el de Montecarlo; por más que el primero sobrepujaba un lujo y distinción al segundo.

Situado sobre una magnífica explanada a la orilla del mar, recibía los besos de la blanca espuma de las olas y las caricias de los dorados rayos del sol.

Allí los suaves rumores marinos, se mezclaban de un modo delicioso con el crujir de sedas y el titileo de cristales.

La orquesta se oía de vez en cuando en el pintoresco kiosko del parque.

El elemento militar con sus vistosos uniformes,

contribuía a dar una brillante nota de color en aquel cuadro lleno de vida y alegría.

Mussette consecuente siempre no se hizo esperar a la hora que el financiero le anunció.

Y Peter pudo llegar hasta la portezuela del lujoso auto que conducía a la joven, a la cual saludó como si se tratara de una encopetada dama, pero procurando no ser visto por las personas que casi llenaban la gran terraza.

Esto, no impidió que el Príncipe Eric, primo de Miguel, observase los manejos de Roberts. Ya, días antes había sorprendido algunas palabras entre el financiero y el monarca, y así vió confirmadas sus sospechas a la llegada de la bella viajera, sospechas que tomaron más cuerpo aún, ante la escena que presenciaba desde lejos.

Peter, admiró la elegancia exquisita con que se presentaba Mussette, afirmándose ya de un modo definitivo en que su triunfo sería completo.

—¿Dónde está ese chico?—le preguntó la dama

—Lo encontrará sólo, como siempre, en una mesa del rincón de la terraza.

—¿Más detalles?

—Lleva guerrera blanca. Y ahora tome usted este papellito.

—¿Qué es ello?

—Una nota de sus particularidades. He pensado que podría servirle. ¡Ea! Adiós y buena suerte!

Mussette descendió entonces del coche y empezó

a subir la ancha escalinata, causando la admiración de cuantos la veían.

—¿Se ha fijado V. A. en esa espléndida extranjera que ha venido a visitarnos?—le preguntó un oficial a Eric.

—La vi a su llegada a palacio; y me parece que es un lindo juguete que le traen al tonto de mi primo. ¿Verdad que no se merece una preciosidad como esa?

—¿Pero estáis seguro de lo que decís, Príncipe?

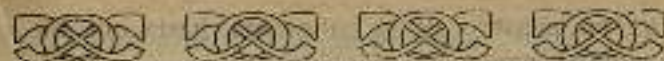
—Hombre, como seguridad no la tengo. ¿Ves a Miguel en aquella mesa?

—Sí, Alteza.

—Pues veas si puedes llevártelo al tiro al blanco; y yo entre tanto procuraré averiguar de lo que se trata. El oficial se acercó al Príncipe Heredero y no le costó gran trabajo decidirle a que le siguiera, cuando le dijo que se disputaban un premio varios oficiales reputados como los mejores tiradores de la guardia.

Miguel abandonó la terraza y hasta pasó casi rozándose con la mujer a quien amaba con locura; pero tan distraídos estaban ella y él, que no se dieron cuenta de su proximidad, para bien de los planes que se había fraguado Eric.





CAPÍTULO NOVENO

También el primo de Miguel vestía guerrera blanca y como se apresuró a ocupar la mesa que el otro acababa de abandonar no es extraño que la bella joven lo confundiera con el muñeco a quien tenía que levantar de cascos.

Con verdaderos instintos de intriguante, esperó el sobrino del rey a que las circunstancias le fueran favorables; y cuando se persuadió de que la dama no llevaba más objeto que abordar al heredero del trono, continuó fingiendo admirablemente.

Mussette empezó por dejar caer el pañuelo al pasar junto al que había tomado por Miguel; pero el viento arrastró el diminuto lienzo, sacándolo por en-

tre las pilastras de la balustrada, hasta que fué a parar al mar.

Fracasó el primer intentó, pero no el de la faida al engancharse en una de las espuelas del militar, el cual ya juzgó oportuno lanzarse de lleno al encuentro de la aventura que se le presentaba.

Se deshizo el enredo riendo a la vez ella y él. Después unas palabras de agradecimiento, varias galansterías muy bien estudiadas de Eric, y al fin un diálogo lleno de interés y animación.

—No es tan tonto como me dicen—pensó Mussette.

—Vale más de lo que me figuraba—pensó a su vez Eric.

La entrevista duró un largo rato hasta que levantándose la joven la dió por terminada diciendo:

—He pasado una hora deliciosa, Alteza.

—Repetiría lo mismo que usted acaba de decir, añadiendo que he sido la más bella de mi vida.

—Lo celebro, Alteza.

—¿Y será la última vez que nos veamos?

—¡Oh, eso no! Yo se lo prometo.

—¿Entonces cuando podré verla de nuevo?

—He de pensarlo.

—¿Esta noche?

—¡Oh, esta noche no.

—¿Entonces?..

—Mañana tarde a las cuatro.

—Procure no olvidar su promesa.

Mussette, satisfecha de su primera entrevista procuró entrevistarse con Peter para darle cuenta de lo bien dispuesto que se hallaba S. A. para el amor; pero el astuto financiero queriendo a todo trance dissipar toda sospecha se mantuvo alejado de la aventura, dejando a ésta en libertad de acción.

Ya entraría él en fuego, cuando lo creyera conveniente para sus planes.

De este modo pasaron dos semanas teniendo en jaque al intrigante Eric, el cual cada vez se mostraba más interesado por la bella desconocida.

Miguel, por su parte pasó estos días soñando con su primer amor y con las dichas que le esperaban, hasta que se presentó la ansiada Mussette, cumpliendo fielmente la palabra que tenía empeñada.

—¿Tendrá usted muchas cosas que contarme; verdad?—le preguntó la joven al Príncipe, después de recibir un cariñoso saludo.

—Nada ha habido de particular para mí, exceptuando su gratisimo recuerdo. ¡Con qué impaciencia la esperaba!

—Pues aquí estoy.

—¿Por mucho tiempo?

—Un par de horas, todo lo más.

—Es usted muy cruel conmigo.

—Las circunstancias me obligan a serlo.

—Y si no pecara de indiscreto podría saber el objeto de su viaje a Savona?

—Le prometo aclarar el misterio cuando haya terminado la misión que me trae.

—¿Hay misterio?

—De momento sí; pero luego...

—No pregunto más y confío en usted; si me promete un amor como el que yo le tengo.

Los dos jóvenes hablando apasionadamente se acomodaron en un ancho asiento del jardín, precisamente frente a las ventanas del cuarto que ocupaba el Príncipe en el Pabellón.

Claro, los criados de S. A. presenciaron a través de los cristales el idilio amoroso, y no se dieron cuenta de que el rey a quien acompañaba Peter estaba detrás de ellos y que guiado por sus ademanes llegó a contemplar a la enamorada pareja en el preciso momento en que el Príncipe besaba y abrazaba a Mussette.

—¡Bravo!—exclamó Leopoldo III, lleno de entusiasmo.

Aquí el ayuda de cámara dió un salto y fué a caer de rodillas delante del rey pidiéndole perdón.

—¿Pero por qué he de perdonarte, imbécil?—gritó el monarca.

—¡Señor... yo no he podido evitar que S. A. el Príncipe Heredero...

—¿Y habrias hecho muy mal metiéndote en lo que no te importa—interrumpió Peter.

—Justo. Habrias hecho una gran barbaridad—añadió el rey—. ¡Ea! Dejados solos!



Mussette en el Palacio de Savona.

—Creo Majestad, que no tendréis queja de mis gestiones en este asunto—manifestó el financiero.

—Al contrario, amigo mío. Le considero un gran hombre de mundo.

—Y eso que aún no he terminado mis trabajos.

—¿Qué es lo que ahora queda?

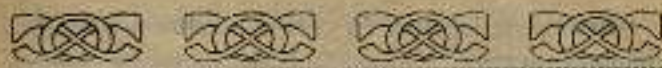
—Alejar de aquí cuanto antes a esa mujer; que puede ser perjudicial para la buena marcha de nuestra diplomacia.

—Usted se encargará de ella.

Claro, y con muchísimo gusto. En París tendremos después una deliciosa amiga, cuando hagamos otro viaje de placer.

—¡Oh, los viajes de placer son para mí el bocado más precioso!

Y los dos viejos convencidos de que habían puesto una pica en Flandes, salieron del pabellón tan sigilosamente como habían entrado, dirigiéndose al palacio real, y dejando a sus anchas a la amante pareja.



CAPÍTULO DÉCIMO

—Quiero que me prometas que serás mi esposa— le dijo el Príncipe a Mussette, viendo que se acercaba la hora de separarse.

—No puedo prometerle nada, hasta que haya terminado en la corte mi cometido.

—¿Y por qué no antes?

—¿Sabes acaso quien soy?

—Una mujer adorable y digna por todos conceptos de ser mi esposa.

—¿Sabes acaso a lo qué he venido?

—Nada me importa.

—Y si cuando lo sepas te arrepientes?

—¡Nunca! Te amo demasiado. Además no creo que tenga que reprocharte ningún acto deshonesto.

—Eso no, te lo juro. Tú eres el hombre a quien he amado de veras.

—Eso me basta.

—Pues como me parece que de hoy a mañana habré ultimado mis asuntos, aplacemos para cuando regrese libremente y entonces, lo sabrás todo y decidirás lo que se ha de hacer.

—No olvides que no vivo hasta que vuelvas.

Mussette prometió hacerlo tan pronto como pudiera y partió hacia el Palacio.

El primo Eric buscando a Mussette por todas partes, acabó por entrar en las habitaciones destinadas para la joven.

Allí no vió más que a la camarera a la cual preguntó por su señora.

—No ha regresado todavía—contestó.

—¿De dónde?

—Lo ignora. Pero si S. A. quiere puede esperar aquí.

El cortesano se resignó y una vez solo empezó a registrarlo todo, acabando por tomar asiento en el último rincón del saloncito, como el ratero que espera el momento oportuno para cometer la fechoría.

Estaba decidido a terminar de una vez cansado ya de las esperanzas y promesas de aquella especial mujer cuyo juego había logrado averiguar.

Su creencia, era que la joven jugaba con dos al mismo tiempo; y que éstos eran el Príncipe Heredero y él.

Claro, su desmedido orgullo no podía someterse a aquel estado de cosas, y como ya hemos dicho antes esperaba la ocasión para salir de la aventura tan airado como siempre.

También Mussette pensaba dar un rápido final a la comedia que representaba aunque para ello tuviera que echarlo todo a rodar.

¿Qué le importaba ya el Príncipe heredero, ni el rey, ni nada del mundo, si tenía el amor con que tantas veces había soñado?

Amaba al modesto oficial de la guardia, y tenía la seguridad de que éste habría de perdonarle la aventura en que se había metido.

Después saldrían de Savona como el mismo novio acababa de prometer y como, según él, disponía de una pequeña renta, podrían vivir felices y sin preocupaciones de ningún género.

Haciéndose mil castillos en el aire, entró en sus habitaciones y creyéndose sola, empezó a cambiar de traje.

Eric entusiasmado ante los encantos que la casualidad le ofrecía, continuó en su sitio sin moverse para no perder ni un detalle.

Un espejo delató al fin al intruso y un grito que el pudor le hizo arrancar a Mussette, obligó a Eric a levantarse.

Después sonrió cínicamente y dió algunos pasos hacia la joven.

Esta le detuvo con un gesto imperioso.

—No esperaba en usted una acción como ésta, caballero—dijo Mussette con dignidad.

Eric se arregló su monocle nerviosamente y quiso formular algunas excusas, pero con tal torpeza que acabaron por empeorar la situación.

—Ruego a V. A. que me deje sola... estoy cansada, me duele la cabeza—siguió Mussette con visibles muestras de disgusto.

—¿Y por qué le de marcharme, señorita?

—Porque su presencia me molesta. Creo que va lo habrá notado.

—¿Y usted no ha notado que yo la amo?

—Ni lo sé ni me importa.

—¿Y sus promesas de ayer?

—Aquello no fue más que un juego de palabras y a las palabras se las lleva el viento.

—No a las que yo recojo.

—¡Basta!

—¡Hablemos con claridad, porque ya es tiempo de que cada uno ocupe el sitio que le corresponde.

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo estaba bajo la impresión de que usted había sido alquilada para divertir a la familia real.

Mussette se cubrió la cara con las manos avergonzada del grosero insulto, y entonces Eric vió la sortija que llevaba la joven en un dedo.

—¿Podría usted decirme a quién pertenece ese anillo?

—Me la dió un oficial de la guardia, al rogarme que consintiera en ser su esposa.

—Deme esa sortija.

—Nunca; aunque sea usted el Príncipe Heredero no tiene derecho a exigir tal cosa.

—¿Yo el Príncipe Heredero?—exclamó Eric, soltando una ruidosa carcajada. Le suplanté en el Casino la tarde en que nos conocimos y nada más.

—¿De modo que ha cometido usted también esa felonía?

—En esta comedia todos somos actores. ¿Ea, venga la sortija y terminemos.

Aquí Eric desenmascarado ya, intentó arrebatarse brutalmente el anillo, pero no lo pudo conseguir dada la tenaz resistencia de la joven que se defendió como ella sabía hacerlo cuando llegaba la ocasión.

—¡No, no!—gritaba a su vez Mussette—. Es del hombre con quien me he de casar.

—Se equivoca, es precisamente del Príncipe Heredero. De mi primo y por eso reclamo esa joya que usted no puede llevar de ninguna manera.



Mussette en el Palacio de Savona.



CAPÍTULO ONCE

Musette dudó un instante, y Eric continuó aprovechándose de la situación.

—Un Príncipe puede divertirse, pero nunca se casa con su juguete, sobre todo si es de origen plebeyo como usted. ¿Verdad que ahora no querrá seguir en ridículo ostentando ese original anillo?

Musette, como sugestionada por las palabras de aquel hombre, entregó la joya voluntariamente, cosa que animó al intrigante hasta el extremo de pretender una reconciliación.

No conocía bien la firmeza de carácter de la joven

y dió en piedra con sus torpes pretensiones; peso entonces acabó el hombre y empezó la bestia expoleada por el deseo.

—Estamos solos—dijo Eric variando de tono y hasta de fisonomía. ¿No te parece muchacha que sería un tonto si dejara escapar esta ocasión? ¿Te gusta la lucha? ¡A mí también... ven a luchar en mis brazos—y cayendo como un tigre sobre Musette, quiso poner sus labios en los de ella, valiéndose de la fuerza bruta; mas ni así pudo conseguir su intento.

La joven se defendió heroicamente, arañando y mordiendo las manos del miserable, hasta que logró apartarse de él; pero como vió claramente que volvería a repetir la agresión, no dudó más, y levantándose la falda, arrancó un afilado puñal que llevaba sujeto en una liga.

La acción fué tan rápida que Eric no la pudo evitar, y le obligó a dar un paso atrás cobardemente.

—Ya está usted viendo que no es tan fácil como parece abusar de mí—rugió Musette amenazadora.

—Sí, ya veo que eres una fierecilla indomable... precisamente mi plato predilecto.

—¡Fuera de aquí, miserable!

Y al decir esto era tan imponente la actitud de la muchacha, que Eric se fué replegando hasta llegar a la puerta del salón.

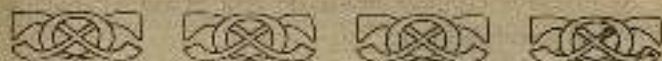
Una vez allí, se repuso y queriendo desahogar más su orgullo ofendido, exclamó:

—Si vienes a mis habitaciones, cuando lo hayas

reflexionado mejor, trataré de proporcionarte la aventura que no has encontrado en tu flamante novio. Y, además...

No pudo terminar la frase.

El puñal de Musette salió disparado de sus manos y fué a elevarse en el marco de la puerta a unos dos centímetros de la cabeza del cortesano, el cual creyó muy prudente abandonar el asedio.



CAPÍTULO DOCE

No se había repuesto Mussette de la profunda emoción que le había causado la violenta escena sostenida con Eric, cuando sonó el timbre del teléfono.

—Es preciso acabar cuanto antes—se dijo acudiendo al aparato como si supiera de quién provenía la llamada.

No se había equivocado. Era Peter.

—Es usted maravillosa—fue lo primero que le dijo.

—Adelante—contestó la joven cada vez más nerviosa.

—Tanto el rey como yo, la vimos con el Príncipe y la felicitamos.

—Adelante...

—Los dos creímos morir de risa al ver al muchacho tan encalabrinado.

—Bien, bien... adelante.

—De ningún modo. Eso no puede seguir adelante y hay que terminar de una vez.

—Estoy dispuesta.

—Bueno. Ha cumplido usted su palabra a las mil maravillas y lo mejor será que regrese a París inmediatamente.

—Lo deseo por momentos.

—Entonces sólo nos falta ultimar lo de los cincuenta mil francos... pronto nos veremos. Adiós.

Eric presidía la mesa, durante el almuerzo de los oficiales en el comedor del cuerpo de guardia de Palacio. La animación y la alegría llegaba ya a su período álgido, festejando la buena marcha de los negocios del Estado, con la sociedad financiera de los Estados Unidos.

Todos eran jóvenes y es natural que la charla recayera siempre sobre la mujer.

—Señores—habló el Príncipe Eric, dominando el barullo—. Hoy puede referiros un cuento, que no tiene nada de tal.

—Entonces será una historia—interrumpió uno de los oficiales.

—Una historia, sí; pero una historia que parece cuento.

—Ya nos tenéis dispuestos a no perder ni una palabra.

Eric apuró una copa de champaña y empezó de esta manera:

—*Erase una vez un Príncipe*, de condiciones tan especiales y tan tímido al mismo tiempo, que el rey, su padre, aconsejado por un sabio de Grecia, hubo de proporcionarle un juguete en forma de mujer, para ver si podía animarlo y conducirlo hacia los deliciosos senderos del amor.

—¡Bravo, Príncipe! El cuento resulta algo fantástico en su principio—interrumpió el oficial que tenía a su lado—. Mas así y todo se ve enseguida a dónde vais a parar.

—¿Lo habéis adivinado? Mejor; de ese modo podré continuar sin esforzar la imaginación y llamando a los protagonistas por sus nombres.

De nuevo volvió a beber el cortesano y continuó:

—¿Conocéis esta sortija?

—La del Príncipe Heredero—dijeron varias voces a la vez.

—¿Conocéis su tradición?

—El mismo Príncipe Miguel nos la ha dicho en distintas ocasiones.

—Pues bien, este anillo, se lo he arrancado a viva

fuerza a esa aventurera, que ya se había apoderado de la voluntad de mi primo, que es *primo* de real orden.

Los jóvenes que le escuchaban saltaron el trapo a reír y no se fijaron, en que la figura del Príncipe Miguel aparecía en la escalera que conducía al comedor.

Eric siguió su crítica que iba directa a poner en ridículo al Príncipe Heredero, ante los que tenían el deber de respetarle.

Y pronto se dió cuenta Miguel de que el primito se estaba dedicando a quitarle la piel a tiras.

También advirtió que la sortija que él diera a Mussete se hallaba en las manos de Eric y esto acabó de trastornarle.

—Esta es la historia, que parece cuento—continuó el intrigante, haciendo al mismo tiempo saltar la sortija de una mano a otra.

—¿El Príncipe!—dijo uno de los oficiales viendo al fin a Miguel y como para llamar la atención de Eric.

—El Príncipe, sí—dijo el alocado primo sin darse cuenta de la indicación que le hacían—. El infeliz se enamoró de la aventurera y hasta llegó a ofrecerle su mano.

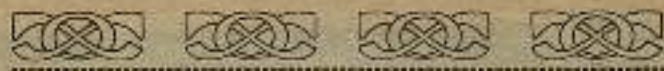
—¡Mientes, canalla!—gritó Miguel arrebatándole la sortija al propio tiempo—. Eres envidioso y perjudicial como todos.

Eric se puso en pie y levantó la mano para casti-

gar el insulto; pero más dueño el otro de sí mismo y con más poder en los puños, descargó sobre el envidioso tan tremendo golpe, que le hizo dar una voltereta sobre la mesa, cayendo al otro lado, sobre los barreños donde estaban las botellas de Champaña.

Algunos oficiales acudieron a socorrer al desdichado Eric, mientras Miguel abandonaba el comedor.





CAPÍTULO TRECE

Una vez en los salones del piso bajo de Palacio, vió el Príncipe a la camarera de Mussette en traje de viaje y rodeada de maletas.

—¡Mussette! ¿Dónde está Mussette?—preguntó alocado.

—En sus habitaciones sin duda, señor.

—¿Pero estos preparativos?

—Nos marchamos a París. Aquí ya hemos terminado.

Miguel no quiso saber más y subió la espléndida escalera que conducía a los salones que estaban destinados a la viajera.

La pobre muchacha no pudo contener una excla-

mación de alegría al ver a quien con tanto desinterés amaba.

El se concretó a decir:

—¿Es cierto que fué usted contratada expresamente para enamorarme?

—Sí; precisamente era lo que tenía que decirle; pero le juro que yo no sabía que tú... que usted... que vuestra Alteza... ¡Perdón, perdón, Príncipe!

—En fin—suspiró Miguel—. Después de todo, lo natural es que sucediera esto. La culpa es mía solamente. ¿Pero cómo estaba mi sortija en poder de Eric?

—El me lo descubrió todo; y como yo comprendí que le sobraba razón para insultarme me desprendí de ella. Eso es todo.

—¿De modo que lo ocurrido conmigo, no ha sido pura farsa?

—Le creí un oficial de la guardia.

—Bien, Mussette... Yo no puedo permitir que te marches de ese modo.

—Ni yo puedo permanecer en Palacio ni un minuto más. Todos están en contra mía.

—¡Mejor yo!

—¡Usted... usted! Un Príncipe Heredero puede aspirar a más; pero yo no me conformo con seguir siendo un *juguete de la casa real de Savona*.

¡Mussette!

¡Basta! Miguel... es la última vez que nos vemos.



El Príncipe Miguel se enteró de lo que hablaba su primo.

—Pues bien... yo le juro que no acabará esto así.
Y más atolondrado que nunca se alejó del salón tropezando al salir con el financiero Peter al cual seguía el rey a corta distancia.

—¡Algo debe haber sucedido—le dijo el monarca dándose cuenta de la precipitación con que Miguel salía de las habitaciones de Mussette.

Sin embargo, al ver a la joven dispuesta para la marcha los dos viejos se tranquilizaron.

—¿No ha ocurrido nada desagradable?—preguntó Peter.

—Nada absolutamente.

—Hemos temido... pero celebramos que todo marché bien.

—Como una seda, si señor.

—Pero es el caso, que el rey y yo quisiéramos saber todos los detalles de lo ocurrido.

—¡Han sido tantos!..

—No importa, así podremos apreciar mejor su talento.

—Les ruego, que no me hagan recordar lo que ha pasado.

—Ahora pica usted más nuestra curiosidad.

—Pues sea—exclamó la joven desbordando sus nervios—. Conoci al Príncipe, sin conocerle, y le amé con toda mi alma, como él me amó a mí.

—¡Demonio!

—Nos vimos en distintas ocasiones y hasta me entregó su anillo para hacerme su esposa. Nuestro

amor fué corto... un relámpago; mas así y todo seguirá brillando hasta que su lumbré nos abraza a los dos. Ustedes han buscado una comedia y han conseguido un drama. ¿Quieren saber más? Que amo al Príncipe Heredero, que él me ama, pero que me voy lejos para no volver más. ¿Quieren más detalles?

—Son bastantes... son demasiados.

—Pues no me culpen ahora que me marchó por haberse terminado la comedia.

Había llegado el momento de saldar cuentas y Peter entregó a la joven un puñado de billetes que ella tomó, los estrujó después, y se los arrojó al rey con profundo desprecio.

—Esto sería el precio de una farsa; pero no el de una realidad como ésta. Sepan ustedes, que Mussette se aleja del Príncipe, pero no vende su amor por todo el oro del mundo.

Dicho esto salió del salón, llegó donde la esperaba su camarera y ambas se colocaron bajo la marquesina de cristales para esperar el auto.

—Rey—habló Peter—. Somos un par de tontos, especialmente usted.

—¿Pero esa chica por qué se muestra tan resentida?

—¿No lo ha comprendido aún? Porque se ha enamorado del Príncipe.

—Eso es un absurdo.

—¿Un absurdo que se enamore una mujer?

—No señor. Que el Príncipe Heredero se pueda casar con una mujer sin título.

—Un título se fabrica enseguida. Hágala duquesa. No será el primer caso en la historia.

—Eso no es posible.

—¿No? Pues no recibiréis ni un ochavo.

—¿Y si yo arreglo lo del título, promete usted convencer a Miguel.

—Pero si él está más convencido que ella... Los dos personajes salieron a la anchurosa galería, donde pudieron detener al Príncipe Heredero.

—No tan deprisa, hijo mío, no tan deprisa—le dijo el rey.

—¿Con que no estabais conforme con mi modo de ser y habéis pretendido cambiarme?—exclamó Miguel perdiendo la calma.

—Alteza, la diplomacia ante todo—habló Peter interviniendo.

—¡La diplomacia! Lo único que han conseguido con su entrometimiento, ha sido arruinar dos vidas.

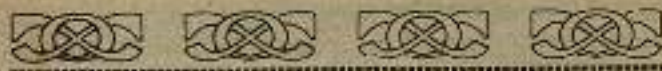
—Por salvar la ruina del país, hijo mío.

—¿Y a mí qué me importa el país?

—Príncipe—exclamó Peter solemnemente—. Os ruego que tengáis calma. Vuestro augusto padre no se opone a que os caséis con la duquesa... con la duquesa Mussette.

Después tanto el monarca, como el Príncipe y el financiero, salieron a la calle en busca de la fugitiva; pero ésta había rato que había desaparecido.

[N]



CAPÍTULO CATORCE

La llegada de Mussette a la taberna de París fué un verdadero acontecimiento para sus compañeros, los cuales la recibieron dando las más convincentes pruebas de cariño.

Peró no faltó quien la encontrara triste, mucho más triste de cuando partiò hacia Savona.

—¡No parece la misma, Mussette!—le dijo el dueño del establecimiento.

—Pues le aseguro que no he variado.

—En fin, lo principal es que ya estás otra vez con nosotros y que el negocio seguirá tan espléndido como antes de que te marcharas.

—¿Y de dinero, qué?—le preguntó una compañera.

—Vengo del mismo modo que me fui.
 —¡Que atrocidad! Se conoce que por allí padecen las empresas el mismo defecto que en Francia, ¡Valientes petardistas!
 —No me deben ni un franco.
 —Ahora te entiendo menos.
 —He sido yo la que no ha querido admitir dinero alguno.
 —¡Siempre el mismo carácter!
 —Nada, que he querido demostrar al rey de Savona, que estoy a más altura que él.
 —¡Bravo, Mussette!
 —Supongo que pensarás seguir a nuestro lado le volvió a preguntar el dueño.
 —¿Qué remedio me queda? ¡A trabajar, y se acabaron los sueños!
 Aquí el que estaba en el mostrador empezó a telefonar sin duda para comunicar a la clientela la llegada de la genial Mussette.

* * *

Un auto corría a toda velocidad conduciendo, por las inmediaciones de París, al rey de Savona, al Príncipe Heredero y al inseparable Peter.

—No la veré más—decía Miguel nerviosamente.
 —Yo respondo que sí—añadió el financiero.



—Eres un canalla y un embustero.

—Después de todo—habló Leopoldo III—, ya estamos cerca de París.

—¿Y qué tenemos con eso?

—En París hay muchas *Mussettes*, hijo mío.

—No hay más que una, para mí.

Y el automóvil corría de tal modo que ocurrió lo más natural en una carrera desenfrenada.

Estallaron dos neumáticos a la vez, y el coche se quedó parado en medio de la carretera.

—¡Príncipe!—dijo Peter—. Ha llegado la ocasión de que demostréis vuestras raras condiciones de mecánico.

Miguel saltó del auto, pero como carecía de materiales, fué completamente imposible arreglar el desperfecto.

La desesperación del joven era grande; y no lo era menor la de los que le acompañaban.

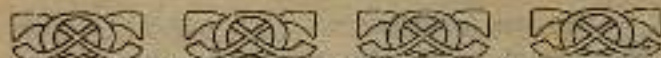
—No hay más que una solución—manifestó Peter.

—¿Cuál?—preguntó el rey.

—Que enviemos al chófer a buscar otro coche.

—De ningún modo; yo no puedo esperar—dijo Miguel con la desesperación pintada en el semblante.

Pero como la noche se echaba encima y desconocía por completo el terreno, se fué conformando poco a poco y accedió a que el chófer fuera en busca de auxilios.



CAPÍTULO QUINCE

Media hora pasaron, que les pareció más larga que medio siglo, hasta que oyeron el ruido de un carruaje que se acercaba.

—Ya está aquí nuestro hombre—le dijo Peter con aire satisfecho.

Pero no era el chófer, sino un individuo que conducía un enorme camión cargado de ladrillos.

—¡Alto!—gritó el financiero plantándose de un salto en medio del camino.

—Mal negocio hacéis conmigo—les dijo el del camión—. No llevo más moneda que estos bloques de barro cocido. Cargad con los que queráis.

—No se trata de eso, imbécil, sino de que nos remolques hasta París.

—¿No sois ladrones?

—¡Vete al diablo! ¿No ves nuestro auto?

—Pues siento decirles que con el peso que llevo no puedo remolcar. Ese cacharro pesa como diez elefantes.

—Entonces podrás llevarnos a nosotros.

—Difícil me parece.

—¿Sabes con quién hablas?

—Sí me lo dice usted, lo sabré.

—Con el rey de Savona, con el Príncipe Heredero y conmigo.

El chófer soltó una ruidosa carcajada y creyendo que se trataba de unos juerguistas borrachos, fué a dar media vuelta al volante; pero Miguel se colocó a su lado de un salto, su padre y Peter subieron trabajosamente sobre los ladrillos, y el camión emprendió la marcha guiado por Miguel en medio de la sorpresa del pobre conductor.

* * *

La taberna de los apaches presentaba aquella noche su aspecto de siempre.

No pocos extranjeros ocupaban las mesas medio asustados ya ante las caras patibularias de la pa-

troquia. Y como el número sensacional era el asesinato de Pierre por su amante, se oyeron tras de la cortina los gritos especiales de Mussette apareciendo ésta en la sala, con el puñal dispuesto para la tragedia.

Mas cuando ya se dirigía hacia el interior buscando el tarro de salsa de tomate para dar al asunto más visos de realidad, aparecieron en la escalera, el Príncipe, el rey y Peter.

—¡Mussette!—gritó Miguel sin poder contener su emoción.

—¡Miguel! !

—Sí, Miguel, tu Miguel, que viene para no separarse más de ti.

—¿Pero esto es un sueño?

—No; es la realidad. El rey mi padre que está aquí, consiente en nuestro enlace.

—¿De veras?

—Sí, amor mío.

Y mientras Mussette y Miguel se abrazaban, una señora intrigadísima por el cambio tan repentino de la escena, le dijo a su compañero de mesa:

—Esto es maravilloso y casi inverosímil... ¡Una apache que se casa con un Príncipe... y un rey en la taberna!

—No diga usted tonterías, señora—añadió el compañero—. Esto no es más que una pantomima que se representa aquí todas las noches.

FIN



El amor en verso

POESÍAS PARA POSTALES

PARA ELLAS, PARA ELLOS
Y PARA TODOS

Discreteos, declaraciones,
confirmaciones, esperanzas,
realidades, pesadumbres,
alegrías, rencores y celos
Felicitaciones de Santo,
cumpleaños y año nuevo

por

Diego de Marcilla

Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

Cubiertas artísticas en tricolor

PRECIO: UNA PESETA

Biblioteca Corazón

Interesantes novelas de amor y emoción.
Preciosa portada en tricromía e ilustraciones
interesantes. ¡Interesal ¡Apasiona! ¡Intriga!

- 1 *Vivir para amar*, por Joachim Renez.
- 2 *Por allí pasó el amor*, por P. de Clement.
- 3 *La hija comprada*, por Gérard Dartis.
- 4 *Por el amor de Maud*, por René-Jean Tracy.
- 5 *Flor de Boulevard*, por Joachim Renez.
- 6 *Bajo el sol de Costa Azul*, por Marcela R. Noll.
- 7 *Lucha de amor*, por P. de Clement.
- 8 *El enigma de una voz lejana*, por Marcela R. Noll.
- 9 *El secreto de Villafeliz*, por René-Jean Tracy.
- 10 *En el umbral de la dicha*, por M. R. Noll.
- 11 *Perdón de amor*, por Guy Vander.
- 12 *Ocaso de amor*, por P. de Clement.
- 13 *La vuelta al nido*, por P. de Clement.
- 14 *La mala pasión*, por Joachim Renez.
- 15 *La dulce prometida*, por Roberto Navailles.
- 16 *Un ilusión y un amor*, por Marcela R. Noll.
- 17 *El amor que vuelve*, por G. Vincennes.
- 18 *Angel de maldad*, por Marcela R. Noll.
- 19 *El misterio de la amazona*, por G. de Resse.
- 20 *Cuando el alma despierta*, por Roberto Navailles.

Precio de cada tomo: 30 céntimos

Biblioteca Corazon

Los documentos de esta biblioteca son de propiedad personal de don Juan de Dios Corazon y no deben ser prestados ni vendidos sin su consentimiento expreso.

Los documentos de esta biblioteca son de propiedad personal de don Juan de Dios Corazon y no deben ser prestados ni vendidos sin su consentimiento expreso.

Los documentos de esta biblioteca son de propiedad personal de don Juan de Dios Corazon y no deben ser prestados ni vendidos sin su consentimiento expreso.

Los documentos de esta biblioteca son de propiedad personal de don Juan de Dios Corazon y no deben ser prestados ni vendidos sin su consentimiento expreso.

Los documentos de esta biblioteca son de propiedad personal de don Juan de Dios Corazon y no deben ser prestados ni vendidos sin su consentimiento expreso.

Los documentos de esta biblioteca son de propiedad personal de don Juan de Dios Corazon y no deben ser prestados ni vendidos sin su consentimiento expreso.

Los documentos de esta biblioteca son de propiedad personal de don Juan de Dios Corazon y no deben ser prestados ni vendidos sin su consentimiento expreso.

Los documentos de esta biblioteca son de propiedad personal de don Juan de Dios Corazon y no deben ser prestados ni vendidos sin su consentimiento expreso.

Los documentos de esta biblioteca son de propiedad personal de don Juan de Dios Corazon y no deben ser prestados ni vendidos sin su consentimiento expreso.

Los documentos de esta biblioteca son de propiedad personal de don Juan de Dios Corazon y no deben ser prestados ni vendidos sin su consentimiento expreso.

Los documentos de esta biblioteca son de propiedad personal de don Juan de Dios Corazon y no deben ser prestados ni vendidos sin su consentimiento expreso.

BATURRADAS

Hermosa colección de cuentos,
chistes, ocurrencias, cantos, etc.

Por

Juan del Ebro

I

Se han publicado los tomos siguientes:

- 1 CHISTES BATURROS
- 2 CARTICAS BATURRAS
- 3 UN BATURRO ENAMORADO
- 4 LAS BODAS DEL MAÑO
- 5 OCURRENCIAS BATURRAS
- 6 GRESCA BATURRA

Bonitas cubiertas en tricomfa

PRECIO: 15 CÉNTIMOS